

luz, y únicamente deslumbran al ojo atrevido que pretende sondear la profundidad de su esplendor.

“Los misterios son *sobre la razon*, y de ningun modo *contrarios á la misma*; lo que por cierto es muy diferente. La razon con sus propias fuerzas no vé la verdad que ellos expresan, mas tampoco vé la impotencia de esa verdad.

“No, la fé no es enemiga de la razon; muy al contrario, es su hermana y su auxiliar. Es una luz mas brillante que se reune á otra luz.

“La fé es á la razon lo que el telescopio á la simple vista. El ojo, con la ayuda del telescopio, vé lo que antes no podia percibir por sí solo, y penetra en regiones que le son inaccesibles. ¿Diráse acaso que el telescopio es contrario á la vista?

“Otro tanto sucede con la fé. No hace mas que regular y dar mayor alcance á la razon. Ella le permite que se aplique á todo lo que es propio de su esfera; y allí donde espiran sus fuerzas naturales, la toma, la levanta, y hace que penetre en otras verdades nuevas, sobrenaturales, divinas, y hasta en los secretos de Dios.

“Yo creo pues, los misterios de la Religion, lo mismo que creo los de la naturaleza, porque sé que existen.

“Yo sé que los misterios de la naturaleza existen, porque festigos irrecusables me lo aseguran: mis sentidos y el sentido comun.

“Yo sé que los misterios de la Religion existen, porque me lo aseguran testigos mas irrecusables aún: Jesucristo y su Iglesia. Mi razon me sirve para examinar; para pensar el valor de su testimonio. Mas desde luego que á la luz de la filosofia, de la crítica y del buen sentido he examinado los hechos que me prueban la verdad, la divinidad, la infalibilidad de aquellos testigos, mi razon ha concluido su obra; debe sucederle la fé, mi razon me ha conducido á la verdad. Esta habló, no debo hacer mas que escuchar, abrir mi alma, creer y adorar.....”

¡Qué exactitud, qué admirable precisión y claridad la de la doctrina de la Iglesia católica, aun respecto de aquellos puntos que espantan á los espíritus débiles, y que la incredulidad pretende persuadir que son inadmisibles por la sana razon! Cuán fácil y satisfactoriamente liga á esa misma razon, por débiles que sean sus fuerzas naturales, con

el orden sobrenatural, á la tierra con el cielo, al hombre con Dios! Sin embargo, el furor de Satanás se redobla hasta el frenesí en tratándose de esa Iglesia, fiel depositaria del inapreciable tesoro de la celestial doctrina del Salvador del mundo, de sus merecimientos infinitos, de sus gracias y de sus sacramentos, canales perpetuamente abiertos de las divinas misericordias, misteriosos y eficaces remedios que *sanar y justifican* nuestras almas, mediante que por ellos se nos aplica el copioso fruto del cruento sacrificio consumado por el divino Redentor Jesus sobre la montaña del Calvario.

Ah! Qué vendria á ser de la pobre humanidad sin esa Iglesia santa, establecida por Jesucristo á costa de su sangre adorable sobre la roca indestructible de la fé del glorioso Pescador de Galilea? [1] ¿En dónde encontrarían refugio la verdad, vida de las inteligencias, y la virtud que lo es la de los corazones? Su naufragio seria desesperadamente inevitable respecto de su existencia moral, así como en cuanto á la fisica lo habria sido sin remedio, sin el socorro providencial de aquella arca simbólica y figurativa de esta Iglesia, en la que, con Noe y su familia, se salvó del diluvio universal con que Dios, justamente irritado, castigó á todos los demas hombres de pensamientos perversos y de corazon lleno de malicia y constantemente inclinado al mal [2].

Para convencerse de ello, basta reflexionar un poco sobre el degradante estado de corrupcion en que se hallaba el género humano, cuando el Divino Salvador se presentó á rescatarlo de la esclavitud del pecado y de la muerte, y á regenerarlo bondadosamente, inspirándole un nuevo soplo de vida, semejante al que recibiera de Dios al nacer. Si se exceptúa el pueblo por Dios escogido para depositario de las promesas de su misericordia, ¿qué habia en todos los demás que cubrian la redondez de la tierra, sino densas tinieblas que no dejaban penetrar en las almas ni un pequeño rayo de luz? ¿Quién ignora que las pasiones y los vicios mas degradantes habian recibido el sacrilego honor de ser divinizados por la razon humana, oscurecida hasta el

[1] Matth. XVI. 18.

[2] Genes. VI. 5. 14.

extremo mas deplorable? Con toda verdad puede decirse de aquellos desgraciados pueblos lo que de Roma, entónces su metrópoli, dijo el Papa San Leon; esto es, que dominados por la universalidad de los errores, les parecia que al fin habian adoptado la mas grande religion, porque los abarcaba á todos, por mas monstruosos que fueran [1]. Nada en verdad tiene eso de extraño, supuesto que se habia desconocido al verdadero Dios, de cuya fé pura é inalterable vive y vivirá siempre su Iglesia hasta la consumacion de los siglos [2].

¿Y para qué hablar de las herejías que tanto han afligido á esa Iglesia santa, desde su fundacion? A contar desde la de Simon el mago en tiempo todavía de los Apóstoles, ¿han sido por ventura otra cosa que un aborto repugnante de viles y degradantes pasiones? ¿Para qué hacer mérito del filosofismo del siglo pasado, ni de la multitud de sus sistemas, fruto de la gran revelion del espíritu humano contra la autoridad de Dios y de su Iglesia, iniciada y acudillada por Lutero, Calvino y demás heresiarcas del siglo XVI? En aquellas herejías y en estos extravagantes sistemas de filósofos que niegan á Dios; que ignoran ó desconocen el origen verdadero del hombre, así como la naturaleza de su alma racional é inmortal; la diferencia esencial entre el bien y el mal moral; la interminable vida futura con sus premios inefables para los buenos, y sus castigos supremos para los malos, etc., podrán salvarse la verdad y la virtud? ¿Encontrarase en ellos doctrina segura sobre lo que se ha de creer y practicar fielmente, á fin de conseguirse, despues de la vida presente, transitoria y llena de miserias, la que promete la fé de Jesucristo, de dicha y de ventura sin fin? El simple buen sentido responde que es imposible.

Mas es preciso estar prevenidos para no caer en las redes que tiende el demonio incesantemente á las almas, con el designio de hundirlas en el abismo del error y de la perdicion. Es necesario no olvidar que para ello se vale con especialidad de las falsas doctrinas de la herejía protestante que por desgracia pretende en la época actual descatoalizar á los mexicanos, y privarnos del vínculo de la unidad religiosa, que

[1] Serm. 1. in Nat. Apost.

[2] Luc. XX. 32.

casi es el único que nos ha quedado despues de nuestras graves y prolongadas desdichas nacionales. De preferencia fija sus miradas en los incautos, esperando seducirlos fácilmente con sus falsos principios y doctrinas que ahagan el orgullo, la soberbia y las demas pasiones del hombre, siempre prontas á deshacerse del freno de la justa severidad de la doctrina de Aquel que dijo: *Quien quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sigame* (1) *Si quieres entrar á la vida eterna, guarda mis mandamientos* (2) Qué cosa tan contraria á la ilimitada amplitud de los principios del protestantismo, entre otros de que por ahora no hablaremos por causa de brevedad, el que establece que basta la fé para conseguir la justificacion y la salvacion, sin cuidarse del cumplimiento de los mandamientos del Señor.

No, hermanos míos muy amados; no es esa la verdad: *¿No veis, dice uno de los escritores divinamente inspirados, cómo por las obras se justifica el hombre y no por la fé solamente? . . . Porque así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fé sin las obras es muerta* (3). ¿Puede darse prueba mas clara y terminante? Con razon los protestantes no quieren admitir en su código de libros sagrados, el que contiene esas palabras; pero no por eso dejará de ser uno de los dictados por el Espíritu Santo.

Ya dijimos que el motivo de la fé es la suma é infinita veracidad de Dios á quien justamente debemos el humilde homenaje de nuestra obediencia, y también hemos indicado que su objeto no es únicamente lo que se ha de creer, sino también lo que se ha de esperar y practicar. A propósito de lo cual dice el Abate Bergier, que la palabra *fé* en muchos textos de la Sagrada Escritura, se contienen las tres cosas expresadas; que solo en esta inteligencia se puede decir con toda verdad que la fé nos justifica, nos hace santos, agradables á Dios y nos salva. Así por ejemplo, cuando San Pablo dice: *¿Qué es pues lo que dice la Escritura? Abraham creyó á Dios, y le fué imputado á justicia* (4) esa fé no fué solamente una persuacion, sino una confianza

[1] Marc. VIII. 34.

[2] Math. XIX. 17.

[3] Jacob. II. 24 et 26.

[4] Ad Rom. IV. 3.

entera en las promesas de Dios, y una obediencia perfecta á sus órdenes y santos mandamientos. En el propio sentido elógia el mismo Apóstol la fé de los demás justos de la antigua ley.

Jamás pues, os apartéis, amados hijos nuestros, de ésta doctrina consignada en los libros sagrados. Vivid siempre firmemente adheridos á la santa Romana Iglesia á la cual pertenecéis por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. No os dejéis seducir. Ella es la única verdadera, por que es la que únicamente fundó el mismo Jesucristo. No mas ella tiene títulos irrecusables de origen divino ante el criterio de la historia y del buen sentido. Tan solo en ella se encuentran claras y manifiestas las notas ó señales evidentes de que es la de Jesucristo. Seria preciso cerrar de intento los ojos para no ver que ella exclusivamente es *una, santa, católica y apostólica*, como siempre se ha cantado en los templos del catolicismo, y se cantará invariablemente hasta el fin de los siglos. Por mas que digan sus enemigos, esas señales divinas la distinguirán eternamente de las religiones falsas, así como de la multitud de las sectas que pretenden arrogarse el título de cristianas, pero que no son en realidad, mas que ramas secas arrancadas del árbol siempre lozano de la Iglesia, que no viven del Espíritu de Dios, y que, al combatirla, no conseguirán otra cosa mas que darle ocasion de aumentar sus espléndidos triunfos y sus coronas de gloria inmortal.

La *unidad* de esta Iglesia se halla puesta bajo la inquebrantable custodia de la suprema é infalible autoridad con que Jesucristo revistió al Príncipe de los Apóstoles y en su persona á sus sucesores los romanos Pontífices, para que guardasen siempre incólume el depósito sagrado de su doctrina, y mantuviesen unido y compacto éste su cuerpo místico, mediante la sumision y obediencia que todos sus miembros le debemos.

Su *santidad* brilla como luz meridiana, en su doctrina, en sus preceptos y mandamientos divinos, en sus medios de purificar y santificar al hombre, que son sus siete sacramentos; en su sagrada liturgia, viva expresion de sus dogmas; en su disciplina que la mantiene en un orden perfecto y admirable que ninguna institucion humana ha podido imitar; en fin, en la inmensa multitud de sus mártires y de-

mas santos que reinan con Dios é interceden por nosotros en el cielo, despues de haber admirado al mundo con su invicta fortaleza y con todas sus virtudes cristianas.

La *catolicidad*, ó lo que es lo mismo, la *universalidad* de la Iglesia romana, es un hecho que se palpa. Por su duracion abarca todos los tiempos: el pasado, el presente y el futuro. *Jesucristo ayer y hoy, El mismo tambien en todos los siglos* (1). Invariable como la eternidad en cuanto á su dogma y á su moral, esta Iglesia comenzó en el Paraíso y no acabará ni en el cielo; aunque la fé de que ahora vive y que alienta la esperanza que la sostiene en su incesante y penoso batallar, se convertirá allá en el goce inefable de ver á Dios cara á cara como es en sí [2]. Y respecto de su personal y de su localidad ¿qué diremos? Su teatro es toda la tierra y la humanidad entera hasta el fin de los siglos. *Id por todo el mundo*, le dijo Jesucristo, *predicad el Evangelio á toda criatura* [3]. ¿Quién ignora el celo, la abnegacion y la caridad con que ha cumplido este mandamiento divino? Ella ha sembrado la semilla del Evangelio en todas partes, y ha llamado á su seno maternal á todos los hombres, sin distincion. *El que no la creyere*, pues, *ni fuere bautizado, se condenará* [4] por su propia culpa únicamente.

En fin, nadie puede negarle de buena fé á la Iglesia romana la nota de *apostolicidad*. La historia, llamada con razon la memoria del mundo, protestaría enérgicamente contra esa pretension; pues encierra y guarda con intransigible celo en sus páginas indelebles, la no interrumpida serie y sucesion de los romanos Pontífices, desde San Pedro hasta el eminente y esclarecido Señor Leon XIII.

Sí, no hay duda, amados hijos nuestros; únicamente los hijos de esa Iglesia veinte veces secular, son ciertamente poseedores de la fé verdadera de Jesucristo, necesaria para la salvacion eterna del hombre. ¿Cómo agradeceremos debidamente á Dios el haberse dignado concedernos ese tesoro tan inapreciable? ¿Cuál deberá ser nuestro cuidado y vigilancia á fin de no desmerecerlo ni perderlo?

(1) Ad Hebr. XIII. 8.

(2) Ad Corint. XIII. 10.

(3) Matth. XVI. 15.

(4) Id. id.

003982

Ante todo, avivad en vuestras almas el santo temor de Dios, para preservarlas del pecado que las privaría de su amistad y de su gracia y las haría esclavas del demonio. *El temor de Dios es el principio de su amor* (1) *y nos mantiene firmes en la fiel observancia de sus mandamientos* (2) *por lo cual conoceréis ciertamente que de veras amais á Dios* [3] *y que se os ha infundido la caridad, por el Espíritu Santo que habita en vuestros corazones* (4), *á fin de que os llameis y seáis en realidad hijos de Dios* (5), y arregleis en todo vuestra vida á las prescripciones y al espíritu de la Religion santa de Jesucristo, de manera que podáis llegar á conseguir un grado tal de perfeccion y santidad, que se asemeje á la de vuestro Padre que está en los cielos [6]. Así estareis seguros de que no naufragará vuestra fé en el mar embravecido de la incredulidad que ruje furioso en vuestro derredor, sino que os alumbrará el camino estrecho y tortuoso de vuestra peregrinacion por este mundo, hasta que entreis en posesion de lo que ella misma os promete: la eterna bienaventuranza en la inamisible posesion de Dios y de su gloria.

Por nuestra parte, no cesaremos de pedirle constantemente á Nuestro Señor, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que os conceda esa dicha inefable; y que entre tanto, se digne confirmar la bendicion que en este dia para Nos de eterna memoria, os damos de lo íntimo de nuestra alma, en el nombre de su Santa y Adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amen.

Y mandamos que la presente se lea en todos los templos de nuestra Diócesis *inter missarum solemnias*, el primer dia festivo, siguiente al de su recibo en cada lugar.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de la ciudad de Monterey, el dia 14 de Noviembre de 1886.

✠ Jacinto,

OBISPO DE LINARES.

- (1) Eccles. 20. 16.
 (2) Eccles. II. 21.
 (3) XIX. 15.
 (4) V. 5.
 (5) Joann. III. 1.
 (6) V. 48.

003